



A VARIAS PERSONAS

QUE CELEBRARON

EL CUMPLEAÑOS DEL AUTOR

EN blanda cuna mecido,
 Por mis padres arrullado,
 Vine á este mundo florido,
 De placeres circuído
 Y á llorar predestinado.

De mis años infantiles
 Las dulces horas pasaron,
 Pasaron ya los abriles
 Y las rosas se secaron
 De mis risueños pensiles.

Esa edad tranquila y pura,
 Esa aurora de ventura
 En que vaga el tierno niño
 Con la custodia segura
 Del acendrado cariño.

Esa edad de la inocencia
 En que se guarda la esencia
 De la paz y del candor,
 Y en que corre la existencia
 Como arroyo sonador.

Edad de puras caricias
 Y de goces sin segundo,
 Venero de amor, fecundo,
 De inagotables delicias
 Con que nos halaga el mundo.

Edad en que tiene el cielo
 Tendido el zafíreo velo
 Para gozarnos en él,
 Y en que esconden en el suelo
 Los desengaños su hiel.

Edad en que tiene el viento
 Murmullos halagadores,
 Aromas gratos las flores
 Y apacible movimiento
 Los arroyos bullidores.

Las aves trinos canoros,
 Los lábios dulces sonrisas,
 La naturaleza coros,
 Murmullos blandos las brisas
 Y las caricias tesoros.

Esa edad encantadora
 En que el ánimo atesora
 Tanto plácido embeleso:
 Una dicha en cada hora,
 Una vida en cada beso.

Esa edad ¡destino impío!
 Pasa como pasa el viento,
 Que se extiende en el vacío,
 Como las ondas del río
 Que se desliza violento.

Huye, sus ligeras huellas
 Se disipan lentamente
 Cual se borran las estrellas
 Cuando va á alumbrar en ellas
 La luz del rosado Oriente.

Y allá dentro el pecho tierno
 Que abrigó tan pura calma
 Hay un sentimiento interno,
 Hay un fuego que á un infierno
 Arroja después al alma.

Y así como al limpio cielo
 Enviaron los aquilones
 Los revueltos nubarrones,
 Cubre á la razón el velo
 De las férvidas pasiones.

Y como la linfa pura
 De la fuente que murmura
 El negro cieno empañó,
 Así el alma en su ventura
 Su diáfana luz perdió.

Y aquellos sueños dorados,
 Y aquel anhelar secreto
 De goces tan delicados,
 Y aquellos juegos preciados
 Do está el corazón tan quieto.

Volaron ¡ay Dios! volaron
 Cual aves que se espantaron
 Del vergel de la inocencia;
 Que negras se presentaron
 Las penas de la existencia.

Como si entre frescas rosas,
 Entre acacias y mimosas,
 Viera en agradables huertos
 Esas formas espantosas
 Del chacal de los desiertos.

Y en el tranquilo horizonte,
Do la aurora se meció
Y su tibia luz mandó
Sobre la cima del monte,
El huracán se agitó.

Y entonces el pecho siente
Una sed devoradora,
Y cruza por nuestra mente,
Risueña, resplandeciente,
Una visión seductora.

Delira el alma y al fin
Un hermoso serafín
Nos brinda con los placeres:
Penetramos al festín
Y amamos á las mujeres.

El amor y la armonía,
El vino con sus excesos,
Al alma loca desvía;
Las danzas y la alegría,
Las caricias y los besos.

Y van corriendo veloces,
Como las ondas sonoras,
Las horas tras de las horas
En medio de muchas voces
De placer murmuradoras.

Hasta que de gozo henchido
Siente el corazón la pena,
Y de cansancio rendido
Hay en el pecho escondido
Tósigo que lo envenena.

Se siente luego el desvío
Y la molicie y la duda
Clavando saeta aguda,
Y en desgarrador hastío
El dulce placer se muda.

Incomprensible vaivén
Entre el placer y el tormento,
Sueños de encantado edén,
Pero que encierran también
El gérmen del sufrimiento.

Vaga impresión que la mente
Halaga y al alma envía
A surcar tranquilamente
El iris resplandeciente
De la férvida poesía.

Misterio grato, visión
Blanda y halagüeña y pura,
Présaga de la ventura
Que encubre con la ilusión
El cáliz de la amargura.

Jazmín que naces ufano
Y que te meces galano
En ese vergel frondoso...
¡Ay! al tocarte, la mano
Siente el áspid venenoso.

Genio ciego, incomprendible,
Que adormeces la razón
Para saciarte insensible
En el tormento terrible
De este pobre corazón.

¡Quién pudiera adivinar
Al través de esa ilusión,
Que al erigir un altar
A la mujer, hay que dar
A un infierno el corazón!

Porque es muy triste ¡Dios santo!
Posar la mano en un cielo,
A la mujer amar tanto,
Y al fin, verter nuestro llanto
Sobre un corazón de hielo.

No pensar que en los dolores
El alma tal vez sucumba,
Embriagarse en los amores
Y... arrojar fragantes flores
Sobre el mármol de una tumba.

Porque en medio del placer
Y de la dulce afición,
Con las memorias de ayer
¡Ay! nos viene á sorprender
La triste meditación.

Y entónces vemos ¡Dios santo!
¡Cuánto deliramos, cuánto,
Con pueriles devaneos,
Con insensatos deseos
Que ahora nos llenan de espanto!

Sí, porque todo perece
En este mundo fatal,
Porque todo nace, crece
Y en el dilatado erial
De la nada desaparece.

Porque no hay una ilusión
Ni un momento de ventura
De que goce el corazón,
Sin su amarga decepción,
Sin siglos de desventura.

Y cuando á la mente asombra
Desgarrador pensamiento
De que en la florida alfombra,
Que piso, pára una sombra
Que está anunciando el tormento;

Cuando he penetrado ya
De la vida halagadora
En el sendero, quizá
Pensando en el más allá
Que me espanta á cada hora;

Cuando en la noche callada,
Al ronco sonar del viento,
Se oye del reloj violento
La lúgubre campanada
Con pausado movimiento;

Cuando fijamos la vista,
Llenos de siniestro pasmo,
En el reloj, se contrista
El alma que en frío marasmo,
Torna el febril entusiasmo;

Cuando en negra desazón,
Y en fastidiosa ansiedad,
Me grita ¡ay Dios! la razón
Que es cada año ¡oh condición!
Un paso á la eternidad!

Vosotros con vuestras risas,
Con vuestra dulce alegría,
Me estais dando tantas prisas
Porque no sienta las brisas
Que gastan la vida mía.

Quereis que no piense ahora
En que la vida se pierde,
Que se muere hora por hora,
¡Ay! querer que no recuerde
¡Verdad desconsoladora!

Mas mientras viene el helado
Viento de la adversidad,
Gocemos hoy sin enfado,
Que no importa que haya dado
Un paso á la eternidad!





A MARIA INMACULADA.

¡Salve, divina emperatriz del cielo,
Como la gracia pura,
Mística luz de paz y de consuelo,
Tesoro de hermosura!

¡Salve, limpio fanal resplandeciente
De donde el sol fecundo
Toma su luz para lanzarla ardiente
Al adormido mundo!

¡Salve otra vez! ¡mil veces salve, oh fruto
Del grande pensamiento
Más bello del Señor! débil tributo
Te dá mi acatamiento.

Permite, ¡oh diva, celestial María
Que tu pureza cante,
Que desde el mundo triste la voz mía
Con júbilo levante.

Porque en el coro fiel de tus loores,
Cual la naturaleza,
Tienen voz en el mundo los cantores
Y amor y fortaleza.

Que al himno universal que te saluda
Si nace ó muere el día,
No hay un acento que á formar no acuda
Torrentes de armonía.

Los suspiros suavísimos del viento
Que murmullos levanta;
Ó las vibrantes notas de contento
Del pájaro que canta.

Los ecos que recorren vagarosos
Las peñas de las lomas,
Los rumores del campo misteriosos,
La voz de las palomas.

El dulce arrullo de la inquieta fuente
 Con espumas de plata,
 El río fugaz, el rápido torrente,
 La ronca catarata.

Desde el estruendo de la mar crecida
 Hasta el zumbido leve
 Del insecto que en la hoja desprendida
 Con lentitud se mueve;

Todo, Señora, todo cuanto abarca
 El valladar del mundo,
 Tu alma pureza immaculada marca
 Con júbilo profundo.

Por eso yo, cantor abandonado,
 Medroso é importuno,
 A ese dulce concierto regalado
 Mis cántigas aduno.

Que si laxas las cuerdas de mi lira
 No dan sublime acento,
 Con fé en el corazón la mente inspira
 El místico portento.

Porque al negar tu luz, réprobo altivo,
 Desenfrenado miente;
 Cual si osara negar el rayo vivo
 Del sol, que mira y siente.

Yo no, que ante esa tu pureza suma
 Prostérnome rendido,
 Y grande admiración mi mente abruma,
 Me siento conmovido.

Yo no, que ciego ante la inmensa ciencia,
 Se inflama la fé mía:
 El soplo del Señor te dió existencia
 Y te llamó María.

Jamás el mismo Dios otro portento
 De gracia y hermosura
 Concibió, ni en el limpio firmamento
 Hay estrella más pura.

Cuando vió Nazareth entre sus flores
 A la hija de la anciana,
 Contuvieron los mares bramadores
 Su fuerza soberana.

Las brisas, respetándola, plegaron
 Sus alas rumorosas,
 Y del cáliz purísimo exhalan
 Aromas mil las rosas.

Los mundos, de placer estremecidos
 Con asombro la vieron...
 Los siglos en la nada removidos
 El porvenir leyeron...

En el cielo los ángeles en coro
¡Hosana! repetían,
 Sobre nubes riquísimas de oro
¡Pura será! escribían.

Y pura fué por ley del Increado,
 Casta, inocente, santa,
 El monstruo abominable del pecado
 Humilló con su planta.

Y no pudiendo hacerla la serpiente
 De su poder esclava,
 Al abismo tornóse, é impotente
 Gimió la turba prava.

Ley sábia fué; que si Jehová reside
 En trono de diamante
 De alto poder al pensamiento impide
 Penetrar un instante;

¿Cómo el Hijo de Dios que allá tornara,
 Tener pudo otro seno
 Que el de María, que jamás manchara
 De la culpa el veneno?

Cuanto hay dulce en la paz y en la espe-
[ranza
 Cuanto hay de grande y bello
 Tu nombre guarda; que de eterna alianza
 Es el eterno sello.

De tu divino aliento embalsamado
 Tres ángeles nacieron,
 Que un rayo de tu luz han conservado
 Desde al mundo vinieron.

Pureza, Castidad, dulce Inocencia,
 Sus nombres son preciados:
 Y sin tí se ofuscara su existencia
 Del ánima ignorados.

En tu aliento raudal de fé sincera,
De mística poesía,
Y tu amor es la fuente verdadera
De la virtud, María.

Por eso de los cielos moradora
En melodioso coro
Te ensalzan los arcángeles, Señora,
Con cítaras de oro.

Y en tu sublime magestad al mundo
Contemplas á tus plantas,
Que te dirige con amor profundo
Y fé, sus preces santas.

¡Ah Virgen pura que en el alto cielo
Moras al lado del Señor, el llanto
Benigna escucha que fecunda el suelo,
Concede al triste que emprendiendo el vuelo
Vaya á besar las orlas de tu manto.



ATTILA

AL SR. D. IGNACIO MARINI.

—¿A dónde vamos?
—A donde me lleve la ira de Dios.

.....
ATTILA.

CRUEL, que á todo tu poder domeñas,
Rudo salvaje de mirada ardiente,
Bravo león de fuerza prepotente
Que tus uñas afilas en las peñas:
Tanto en el crimen sin cesar te empeñas,
Tanto es terrible tu furor rujiente
Que huye temblando la azorada gente
Si tus dientes agudos les enseñas.
Contemplando tu encono irresistible
Te demandan el fin de la jornada:
Tronchas la yerba que tu planta mueve
Con la sangre de víctima mojada
Y... «¡vamos!» les respondes impasible
«A donde la ira del Señor me lleve.»